

Dos décadas con Severino Salazar

Vicente Francisco Torres

UNO

Una noche de 1985 empecé a leer *Donde deben estar las catedrales*, novela impresa en papel corriente que tenía las tapas grises y el sello de la desaparecida editorial Katún. Era la primera obra de un joven y como tal no ofrecía ninguna garantía. La noche y mi lectura avanzaron paralelamente y en la madrugada terminé de leer con una insatisfacción que nunca había experimentado. Como la novela no llegaba a las dos centenas de páginas decidí comenzar la relectura de ese libro que me había deslumbrado y dejado con la sensación de que no lo había entendido cabalmente. Estaba seguro de que una nueva lectura sería iluminadora, placentera y provechosa. ¡Qué lejos estaba de saber que esa madrugada estaba ante la obra maestra de Severino Salazar! El lirismo de su prosa, el equilibrio de la forma novelesca y lo sugerente de sus ideas fueron los elementos causantes de esa emoción turbadora.

Antes de seguir quiero confesar mis dos pasiones literarias: José Revueltas y Roberto Arlt. Al primero le tuve una devoción que en mi juventud me orillaba a cargarle un viejo portafolios cuando iba a dar alguna conferencia; al segundo lo admiré y lo frecuenté sólo en sus desgarrados y alucinantes delirios de papel. A quien esboce una sonrisa por mis pasiones tan poco apantalladoras quiero recordarle que uno se enamora no precisamente de las mujeres más perfectas. ¿Qué gano con presumir de mis lecturas de Proust y Thomas Mann si son autores que admiro pero no tocan mis cuerdas sentimentales? El periodismo y el trabajo universitario me han permitido conocer a muchos escritores, pero sólo tengo algunos amigos cercanos como Alfredo Pavón, Gerardo Cornejo y Luis Arturo Ramos. Severino Salazar era uno de esos amigos con quienes se puede –o podía– beber en abierta camaradería.

Pues bien, en 1985, cuando Severino todavía no contaba con el reconocimiento literario y las amistades que su carácter le regalaron, asistí a la presentación de su novela y le conté lo que me había sucedido al leerla. Esto hizo nacer una amistad que se fue consolidando con las tardes de los viernes en que nos reuníamos a beber unos tragos y a platicar de literatura. Él era maestro de inglés en la ENEP Iztacala y yo era cautivo de las minas de cal de un CCH. Él había terminado ya su segunda novela, *El mundo es un lugar extraño*, misma que me dio a leer para que opinara sobre ella. Eran cerca de trescientas cuartillas que, como me absorbieron tanto tiempo, no dejaron las horas que le robaba a la docencia para hacer mis colaboraciones periodísticas. Así, después de leer la novela, en el suplemento del periódico *El Nacional* publiqué un artículo titulado “Radiografía de un libro nonato”. El hecho le hizo gracia a Severino porque un hermano le habló desde Estados Unidos para bromear con su fama porque reseñaban sus libros antes de que estuvieran impresos. Cuando la novela se publicó en 1989, tuve el honor y el placer de que estuviera dedicada a mí.

A mediados de los ochenta se dieron varias coincidencias felices. Luis Arturo Ramos dirigía el Departamento de Publicaciones de la Universidad Veracruzana, Marco Antonio Jiménez trabajaba a todo vapor en su editorial Leega –empresa que se derrumbaría por el amor de una dama, qué le vamos a hacer– y Jesús Gardea echó a andar, en Ciudad Juárez, el premio y el congreso que llevan el nombre de José Fuentes Mares. Gracias a esto le llevé *Las aguas derramadas*, el mejor libro de cuentos de Severino, a Luis Arturo Ramos, quien lo publicó en la colección Ficción en 1986. Marco Antonio Jiménez confió en mis opiniones y publicó *Albedrío*, de Daniel Sada, *La sierra y el viento* (en reedición), de Gerardo

Cornejo, *El mundo es un lugar extraño y Desiertos intactos*, de Severino, y Jesús Gardea entró a formar parte del catálogo de la Universidad Veracruzana y de Leega. Gracias al Premio Fuentes Mares, en Ciudad Juárez coincidían, entre muchos otros autores, Luis Arturo Ramos, Raúl Hernández Viveros, Ricardo Elizondo, Miguel Méndez, Gerardo Cornejo y un largo etcétera. Sergio Galindo, quien ganó el Fuentes Mares con *Otilia Rauda* (1986), tenía prohibido fumar y beber porque su salud estaba muy quebrantada. La noche que recibí la medalla y el cheque se adelantó al hotel en que nos hospedábamos, se sentó en el bar que estaba a la entrada y esperó a que pasáramos. Nos llamó y dijo que él invitaba; no es remoto que ésa fuera la última vez que Sergio Galindo bebiera licor.

Cuando en 1989 Severino publicó *Llorar frente al espejo*, por distintos caminos habíamos llegado a la UAM Azcapotzalco. No sé cómo llegó él, pero yo debo declarar públicamente que Óscar Mata me sacó del arroyo, del arroyo académico, se entiende, gracias a una cruda. En el congreso que, en 1984, organizaron en Xalapa Marco Antonio Campos y Luis Arturo Ramos, me tocó compartir habitación con Mata. La madrugada posterior a la clausura, una resaca tremenda me levantó, y cuando Óscar vio que me dirigía a la calle para buscar algo con qué apagar el fuego etílico, solidariamente dijo que me acompañaría. Este accidente cambió mi vida, porque Óscar me llevó a la UAM, en donde obtuve serenidad financiera y dispuse del tiempo que me ha permitido escribir algunos libros.

Una de las noches que vi a Severino muy contento fue cuando se dramatizó, en el museo virreinal que se encuentra a espaldas del Centro Cultural José Martí, en la Alameda Central, su noveleta *Llorar frente al espejo*. Las máscaras usadas esa noche permanecieron orgullosamente sobre los libreros de su departamento, ubicado en Puente de Vigas, es decir, en la avenida Las Armas. Pero la vida no sólo me permitió verlo alegre: un día en que llegué a su departamento para pagarle un dinero, estaba retirando la alfombra empapada y limpiando las paredes porque un vecino no encontró mejor lugar para suicidarse que la sala en donde Severino y dos vecinos jugaban dominó.

Luego vinieron las tertulias en incontables bares y restaurantes como el Mont Martre, La Mariscalá, El Gran Dux de Venecia, El Hórreo, El Mesón del Cid, La Ópera, el Salón Palacio, etc. Allí aumentaron los amigos y conocidos como Rolando Rosas, Francisco Cervantes, Arturo y Nacho Trejo, Marcial Fernández, Dionisio Morales, Ernesto Herrera y un largo etcétera. A principios de 2005, en un pasillo de la UAM

Azcapotzalco, encontré a Severino y me dijo que no iba a dar clases en el trimestre que comenzaría. Las sesiones de quimioterapia lo dejaban agotado y quería permanecer en casa. Fue la última vez que nos vimos las caras porque a partir de entonces el cáncer le fue ganando a grandes zancadas y él, por un extraño pudor, no quería que lo visitaran.

Para concluir esta primera parte deseo adelantarme, con la humildad que sea posible, a quienes dicen que este tipo de escritos son para ver si el prestigio y el talento de la persona evocada salpican a quien recuerda. Es posible que así sea, pero quiero dejar constancia de que lo que aquí llevo dicho, y lo que sigue, me fueron solicitados expresamente, en este tono personal, pues los ensayos, entrevistas y reseñas que dediqué a Severino Salazar no tienen la temperatura que solicita el reciente fallecimiento de nuestro amigo.

Dos

Uno va por la vida perdiendo y ganando, perdiendo y ganando hasta que comienza pierde y pierde y, así, hasta el final, dice un personaje en alguna novela de Severino Salazar. Durante muchos años me acompañó esta expresión para paliar los pequeños y vulgares apocalipsis que surgían en la vida cotidiana, pero nunca imaginé que en esas líneas Severino Salazar estaba describiendo una manera de morir, como sería la suya. El cáncer de próstata lo atacó hace poco más de un año y le fue dando dentelladas voraces cada mes, cada semana y cada día en el páncreas, en el sistema óseo, en los pulmones. Las sesiones de quimioterapia lo pusieron “coloradito”, “repuesto” y hasta le hicieron nacer un copete que fue motivo de risas entre los amigos porque estaba “atrapado en los sesenta”. Pero el enemigo continuó su labor devastadora y llegó hasta el asiento de la inteligencia. Cuando su hermana María de Jesús me dijo esto pensé en Proust y en Montaigne, grandes describidores de las cosas que veían a su alrededor. No recuerdo ahora quién dijo estar seguro de que lo último que intentaron anotar estos dos grandes autores fue la forma en que estaban muriendo. Pero si Severino Salazar no era un anotador de minucias, toda su obra narrativa se ocupó del sentido de la vida y del mundo, vale decir, de la vida y de la muerte, moneda cuyas dos caras estaban envueltas en las gasas de lo numinoso.

El 19 de febrero de 1985, cuando en una galería de la colonia Juárez presentó su primera novela, *Donde deben estar las catedrales* (1984), hubo poca gente y nada de prensa. Por estrictas razones que anulan el azar —“El azar es una oscura servidumbre”, escribió el poeta José María Álvarez— había leí-

do con azoro la novela y me acerqué a pedirle me dejara hacer una fotocopia del texto que acababa de leer. Para mi sorpresa dijo que no, que me regalaba el original que llevaba escrito en su rigurosa Olivetti Lettera 33 y que podía publicarlo donde quisiera. Fue el inicio de una amistad que recibió un bautizo de fuego: nuestro primer encuentro tuvo lugar en una cantina llamada La Faena, en el centro de la ciudad de México. Allí



FOTO: ANTONIO MARQUET

consumimos apenas un par de tragos cada quien y al pedir la cuenta nos querían cobrar una botella. Este hecho, que a otra persona le hubiera ocasionado ira, a Severino le dio risa y desde ese momento conocí uno de sus más notables rasgos de carácter: Severino no dejaba entrar la ira o la envidia en su persona. Siempre se reía de las debilidades o ingenuidades de sus colegas. Con una cerveza en la mano hablaba entre carcajadas sobre los personajes de un narrador que se la pasaban bebiendo Jack Daniels y platicando de cosas fútiles. Si se hablaba de un libro premiado o de una edición en una transnacional de “prestigio”, decía “qué envidia” pero su gesto no tenía nada que ver con sus palabras. Quizás en su interior sí albergara el deseo de un mayor reconocimiento, pero no por mucho tiempo pues sabía que la amargura al primero que daña es a quien la guarda. Ante el poco reconocimiento lo mejor era seguir escribiendo, con todo y las altas y bajas que una obra prolija conlleva. Porque nunca vaciló en pedir a bocajarro: “dime lo que piensas realmente del libro”. En un escritor de su talla los elogios eran inevitables, pero guardaba silencio respetuoso cuando uno tenía reservas con libros como *El imperio de las flores* (2004), el último original que publicó hace apenas un año.

Salazar murió a los 15 minutos del domingo 7 de agosto de 2005, día en que escribo estas líneas. Sobre el cristal de su

féretro hay dos fotografías: una lo muestra sano, sonriendo y con un vaso de licor en la mano; en la otra ya está “coloradito”, cachetón y triste. Eloísa, la mayor de sus hermanas, tuvo el acierto de poner también sobre el féretro dos libros: la reedición (2005) de *Donde deben estar las catedrales*, su primera novela, y la edición de la última, *El imperio de las flores* (2004). Este hecho es significativo si queremos mirarlo literariamente: es señal de un itinerario, de lustros de trabajo en que la obra inicial no pudo ser superada por libros que, desde luego, sí contribuyeron a construir un mundo del que pocos narradores mexicanos pueden jactarse, pero que, estéticamente, se yergue como su obra maestra. No ignoro que el criterio tecnológico de progreso no priva en el arte, pero sé que a Salazar no le gustaba este hecho. Cada uno de sus libros entregaba nuevas y fascinantes aristas de su universo, pero ningún otro hizo que un oscuro lector, en altas horas de la madrugada, volviera a iniciar la lectura de un libro que lo había deslumbrado y dejado con la sensación de que no lo había entendido bien: *Donde deben estar las catedrales*. Por cierto, cuando le pregunté a María de Jesús qué leía Severino en sus últimos días me dijo que Eloísa, en el hospital, le leía *Donde deben estar las catedrales* como si fuera un libro de oraciones. Severino replicaba que ya se lo sabía de memoria, que no quería oír eso, que mejor le leyeran los periódicos para saber qué pasaba en el mundillo de los hombres de letras. Y se ponía alegre cuando tocaba el turno a la columna de Víctor Roura.

Severino Salazar, a quien nunca —salvo en la foto de la primera edición de su primera novela— vi de traje, esta noche reposa en su ataúd, vestido con un traje gris claro, una camisa de leves cuadros azules y una corbata con pequeños astros color de vino tinto. Sus manos, atadas con un rosario, tienen un ramo de claveles y rosas; en el lado izquierdo de su pecho descansa una varita de nardo que le da un aspecto de novio provinciano. Sí, esto que parece una estampa de Vargas Vila choca con las risas de los amigos que lo acompañan y se preguntan para qué cantina dejaría el dinero del equipo, pues desde que murió Jorge López Medel, nuestro amigo y compañero de la UAM Azcapotzalco, estableció el acuerdo de que quien tuviera la mala ocurrencia de morirse debería dejar lo suficiente para un equipo de emborrachar —botellas, refrescos, botanas— a todos los amigos.

¡Salud, Severino Salazar Muro!•

VICENTE FRANCISCO TORRES es profesor-investigador de la UAM Azcapotzalco. Ha destacado como crítico y ensayista, especialista en el relato y la novela policiaca mexicana.